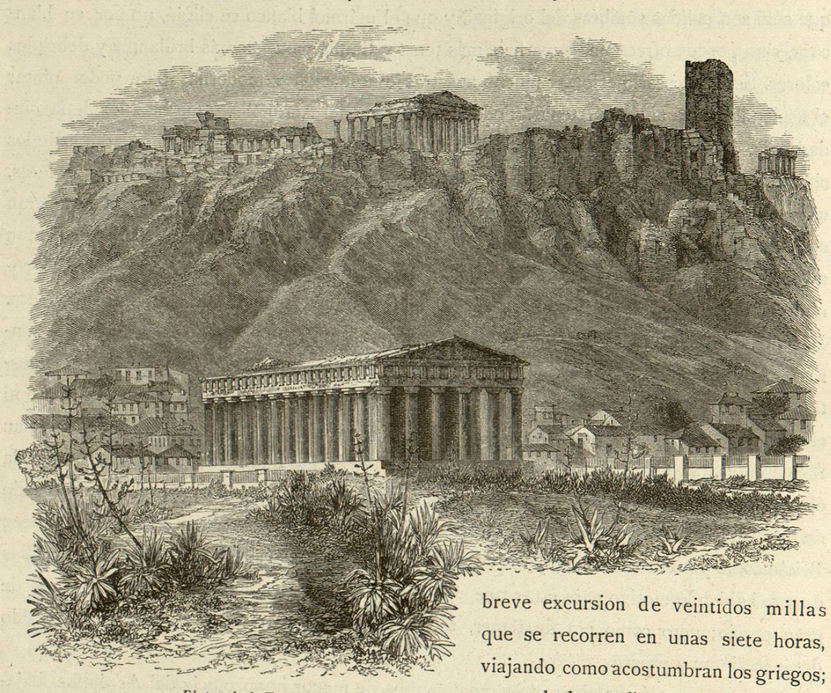
el diámetro que hay fuera de estas sólo es de ocho piés, y la altura total de treinta y cuatro. Es una de las más primitivas y puras muestras griegas de la arquitectura corintia, pero está bárbaramente mutilada, por haberse tomado mucho material para construir las paredes de un monasterio.

Hace poco tiempo que estaba muy en moda entre los viajeros ir desde Atenas á Maraton

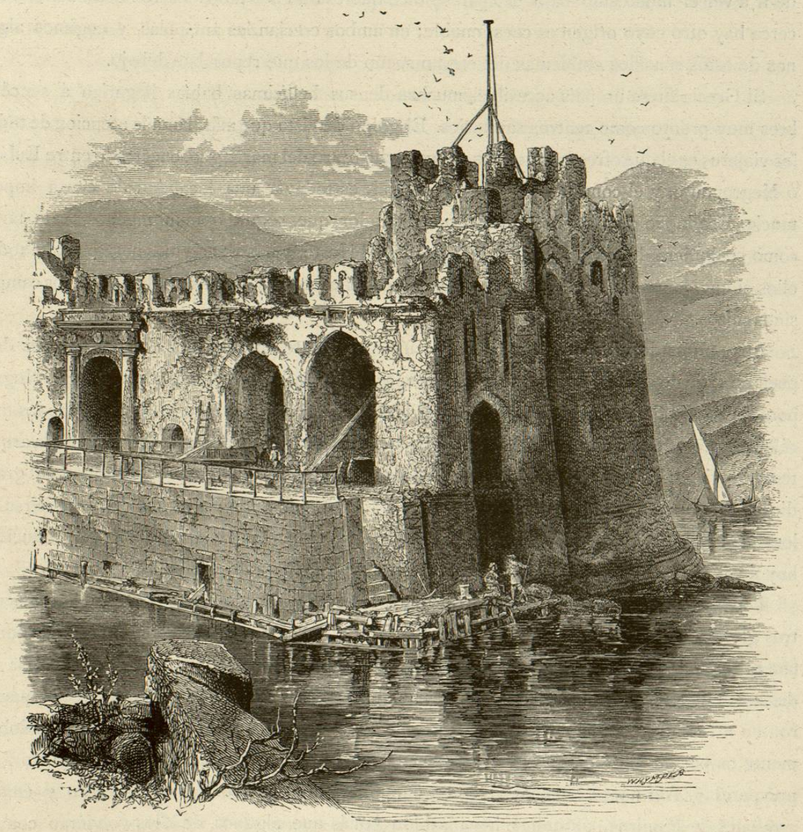


El templo de Teseo

breve excursion de veintidos millas que se recorren en unas siete horas, viajando como acostumbran los griegos; pero el desarrollo del bandolerismo griego, y la captura y muerte de algunos viajeros ingleses en este camino, retrajeron despues á los más de emprender esta peligrosa excursion. Cuando yo fuí nos acompañaron un guía montado y otro hombre para cuidar de nuestros cuadrúpedos. Emprendimos la marcha por un camino de herradura que cruzaba las pendientes del Monte Himeto, muy ricas en colmenas, y avanzamos luégo á través de las montañas de mármol del Pentélico, de la scuales se ha tomado la mayor parte del material para la construccion de los templos atenienses. El paisaje es verdaderamente magnífico; pero los pueblos y las viviendas, y todo cuanto tiene relacion con la humanidad moderna, es mezquino y mísero en el más alto grado.

Bajando por las pendientes del Pentélico; pronto llegamos al gran campo de batalla, llanura semicircular cubierta en otro tiempo por las aguas del mar y que ahora se eleva sobre ellas, como dijo Byron; está dominada por un semicírculo de montañas, en cuyas pendientes podria haberse situado toda la antigua poblacion de Grecia, lo mismo que en un anfiteatro, para presenciar cómodamente la tremenda batalla.

Gracias á cierto convenio entre nuestro dragoman y el dueño de la casa ó «khan» donde los viajeros suelen dormir, fuímos á la residencia de un labrador albanés, que pasa por ser una de las dos mejores moradas de Maraton. Era una especie de gran establo, ó que cuando



Torre en Calcis

ménos lo parecia á juzgar por su aspecto, con una sola habitacion; las paredes se componian de fragmentos de piedra colocados unos sobre otros; y en el interior no habia una sola silla, ni bancos, ni objeto alguno que se pudiese llamar mueble; el duro suelo servia á la vez de mesa y de cama. En él nos sentamos, pues, para cenar, junto á un fuego que ardia igualmente en el suelo; el dueño y su familia se sentaron en un ángulo de la habitacion y nosotros en el opuesto. En Atenas habíamos comprado las provisiones necesarias, que se despacharon con la mejor gana, miéntras que nuestros patrones comian habas asadas y pepinos. Como el humo no tenia más salida que la puerta y los espacios huecos entre las piedras de las paredes, sufrimos una gran molestia y se nos inflamaron los ojos, pues hubimos de pasar la noche al-

rededor del fuego, en familia, como vulgarmente se dice. Inútil me parece añadir que tanto mis compañeros como yo nos dimos prisa á salir á primera hora de la mañana, y que sacrificamos muchas inocentes víctimas al sumergirnos en el agua del mar para bañarnos, aún ántes de ir á ver el montecillo bajo el cual se dice que están enterrados los 192 atenienses; muy cerca hay otro cuyo orígen es cuestionable; en ambos crecian las amapolas, y cogimos algunos de estos sencillos emblemas del eterno sueño de los que reposaban debajo.

Si Grecia fuese un país accesible, muchas de sus bellísimas bahías llegarian á ser célebres muy pronto como centros sanitarios. El golpe de vista que más llama la atencion de todos los viajeros es el que ofrecen las orillas del estrecho brazo del mar Egeo, encerrado entre Eubea, ó Negroponto, y el continente; Calcis, la capital, es todavía una localidad de cierta importancia. Ese brazo de mar forma un lago encantador que, segun opinan muchos, vale tanto como cualquiera de los de Suiza ó de la Italia del Norte, y hasta seria más hermoso que todos ellos si engalanaran sus alrededores las pintorescas cabañas y tierras cultivadas de los campesinos suizos.

Los puntos de vista desde la más alta cima del Monte Citeron, por el cual se cruza despues de salir de Platea, son admirables, pues se dominan las montañas y el canal de Negroponto, el golfo de Corinto, la cordillera del Helicon y el Parnaso; y á vista de pájaro las más célebres provincias de Grecia. Acá y allá encuentranse algunos restos magníficos de la arquitectura griega: en la punta del Cabo de Sunium hay algunos pilares que atestiguan la grandiosidad del una vez famoso templo de Minerva; y otra clase de ruinas pueden estudiarse en localidades como Tebas, Megara, Eleusis y varios pueblos más de clásico nombre, reducidos hoy á cabañas sin techos ó míseros caseríos que atestiguan la decadencia moderna.

De esperar es que llegue un dia en que nuestra civilizacion penetre lo bastante en esos centros gloriosos de la antigua cultura intelectual para que al fin puedan tener continuas relaciones con el resto de Europa. Los mismos griegos parecen mirar con indiferencia su país, por no decir con desprecio. Cuando sus opresores abandonaron el país, las tierras de Grecia quedaron en manos de los albaneses; y ahora se observa que el número de griegos puros es doblemente mayor en Turquía que en su propia patria, pudiéndose decir lo mismo respecto á su prosperidad. Allí hacen fortuna; viven en magníficas quintas á orillas del Bósforo y en los arrabales de Esmirna, sin que se haya sabido jamás que algunos de ellos volvieran con su caudal al país para comprar tierras ó establecerse con las riquezas acumuladas en tierra extraña. Sin embargo, son hombres de notable inteligencia, energía y entusiasmo; y por eso podemos decir que Grecia es un país de tristes contradicciones.

II

Una de las mayores distracciones en la vida del ateniense es el paseo á caballo, y uno de los caminos predilectos para este género de excursion es el de Tebas. Al salir de la ciudad se penetra desde luégo en un pequeño bosque, sagrado en otro tiempo, y en pocos minutos llégase á Dafne, un sitio de los más agradables durante el calor del medio dia; en la cumbre de la colina, sombreada por altos pinos, el filósofo se podrá entregar á las más profundas reflexiones sobre la inconstancia de las cosas humanas, pues á dos pasos de allí elévase una abadía de estilo bizantino asentada sobre una construccion latina, que reposa á su vez sobre cimientos helénicos. Mr. Buchon descubrió en el interior de esa abadía, que era el San Dionisio de la familia de la Roche, los más preciosos objetos para su historia de los duques franceses de Atenas.

A un kilómetro más léjos está la playa Scaramanga, donde se ve la bahía de Eleusis, con su forma redondeada, y que las montañas encierran como un lago. El aspecto de esta sábana líquida, cuyas aguas azuladas llaman la atencion, es casi fantástico, sobre todo cuando los últimos rayos del sol luchan contra las primeras sombras de la noche, cuando todos los colores y todas las formas toman esa apariencia dudosa que les comunica cierto carácter misterioso.

En los antiguos bosques de mirtos que se inclinan hácia el mar no resuenan ya los acordes del tímpano; pero á esta hora se cree oir siempre suspiros entre el espeso follaje. El cristianismo no ha logrado expulsar del todo de estos lugares á los huéspedes misteriosos de la mitología.

He leido en una obra sobre la metempsícosis que las almas de los filósofos iban allí con frecuencia para habitar en el cuerpo de las garzas reales: en la orilla de un lago hay allí una de estas aves, de blanco plumaje, que tal vez sea algun viejo escéptico; más de cuatro viajeros la eligieron por blanco de sus tiros, pero siempre evitó las balas remontándose por los aires. Esta garza singular es el único sér viviente en aquella melancólica llanura que llega hasta Eleusis.

Tuve la suerte de visitar este pueblo cierto dia que se celebraba una boda de albaneses; la calle estaba obstruida por la gente; en los terrados, las ventanas y las cornisas de las casas agolpábanse los curiosos, y á todo extranjero que llegaba obligábasele á beber á la salud de los recien casados.

Las jóvenes albanesas tienen la costumbre de llevar toda su fortuna en un collar, formado con las monedas de oro que poseen. De este modo los maridos no quedan nunca engañados por lo que hace al dote de sus esposas.

Si al volver de Scaramanga el viajero sigue el contorno de la bahía hasta el Píreo en vez de volver por la parte de Eleusis, podrá contemplar magníficos paisajes, pero hay muy mal camino, y si ha llegado ya la primavera el calor molesta mucho, y la ardiente luz del sol deslumbra los ojos.

Al hablar del Píreo, algunos viajeros que sólo fijan su atencion superficialmente le han considerado como un pueblo grande; mas hablando en justicia, el Píreo es una ciudad: tiene buenas calles, reverberos, hoteles, cafés, elegantes tiendas y lujosas pastelerías montadas á la italiana, viéndose caballeros y damas que visten á la última moda.

El paseo que los viajeros ingleses prefieren es el del Pentélico; para emprender esta ascension alquilan caballos, mandan comprar los víveres que se puedan necesitar, buscan un guía, y sin temer los abrasadores rayos del sol pónense en camino precedidos de su cicerone. Llegados al pié de las célebres canteras, desde donde se divisa el horizonte de Maraton en Salamina, hacen alto para descansar y tomar un refrigerio, continuando despues su marcha.

La ascension del Himetes es más fácil y agradable; la miel que se encuentra en sus pendientes conserva siempre la misma celebridad; las flores del rododendron y el zumo del paika le comunican un perfume y un sabor exquisitos, por lo que es preferible á la de Citeron. Se recolecta en Kaissariani, en un antiguo convento.

De la angosta meseta del Himetes he conservado un recuerdo particularmente íntimo. En una fria mañana del mes de enero encontré allí, sepultada en la nieve, una tortuga de regular tamaño, la cual llevé á mi alojamiento, dejándola en mi cuarto con un carnero. Este último parecia muy satisfecho de su suerte, pero el quelonio rehusaba todo alimento, sin duda porque á estos animales les disgusta la esclavitud, y por lo tanto le devolví su libertad en el sitio mismo donde le cogí.

Los viajeros que van á visitar las alturas del Parnaso, el Himetes y el Pentélico suelen pasar á la vuelta por Keratia, un gran burgo que sólo tiene de notable su pintoresca posicion debajo del doble cuerno de una montaña; y desde aquí, siguiendo una suave pendiente, se llega muy pronto á una meseta sombreada por una espesura de pinos y tamarindos. Del mar, que llena el horizonte, surgen las islas de Elena, de Ceos, de Cithnos y de Serifos; en la primera es donde crece el *helianthemum*, formado por las lágrimas de Elena, pero la flor es tan hermosa, que todo induce á creer que las lágrimas de la princesa fugitiva eran de alegría. Ceos es la moderna Zea, rica en vinos; Cithnos tiene aguas termales; y Serifos goza de gran fama por el cultivo de las cebollas.

Desde este punto, siempre bajando, se puede ir á la playa de Porto-Mandri, donde algunos cimientos de forma pentagonal y varios troncos de columnas indican que aquí hubo un templo: es el último vestigio de Thoricos, una de las doce ciudades jónicas.

A partir de este sitio hasta llegar al Laurium se costea el mar á través de un terreno pantanoso, cortado acá y allá por bosquecillos de laurel rosa, que exhalan un olor muy penetrante, y hé aquí porqué cuando se llega á la cima desde donde se ve el templo de Sunium experiméntase como una especie de vértigo.

El guía que nos acompañaba, sirviéndonos de cicerone, no sabia positivamente si en Sunium se adoraba á Neptuno ó á Minerva; yo lo ignoro tambien, y los arqueólogos se hallan en el mismo caso. Lo cierto es que un pastor sentado en medio de las ruinas entonaba una lenta y grave melopea, y que si su palabra era falsa, el sentimiento era verdadero.

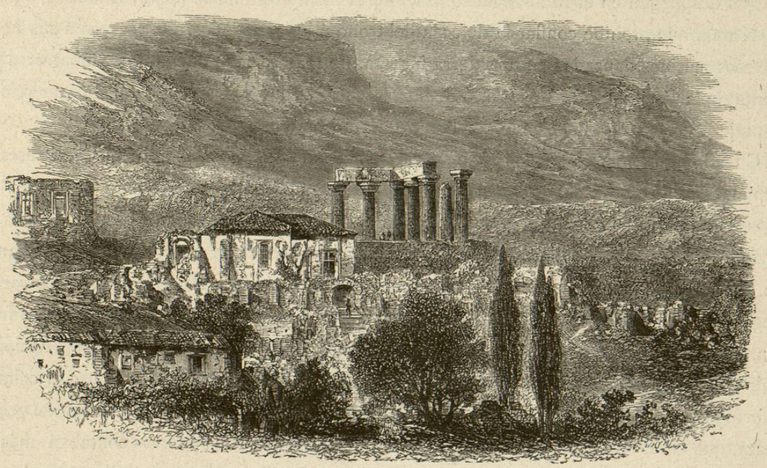
III

Ya hemos dicho en otro lugar que Grecia no tiene caminos; y ahora añadiremos que por esta razon carece de industria, de agricultura y de comercio interior. A principios de 1858 el gobierno envió á buscar un ingeniero de caminos y canales francés, que llegó muy pronto con un auxiliar y varios trabajadores; se le habia señalado un sueldo de veinte mil dracmas (un ministro no recibe más que diez mil), pero sólo se le ocupó en alinear las calles de Atenas y reparar los caminos en un reducido radio al rededor de la ciudad.

Por lo que hace á la industria, atendido el estado actual del país, seria tan insensato establecer una fábrica cualquiera en el centro del Atica como en Tombuctu; las de Sira, Andros, el Pireo y Kalamatta prosperan á causa del poco coste de las materias primeras y de la fácil salida de los géneros.

Las causas que entorpecen los progresos agrícolas son fáciles de comprender. De los quinientos noventa y cinco miriámetros cuadrados de superficie que tiene el reino, doscientos son susceptibles de cultivo, ciento veinte están cubiertos de bosque; el resto son tierras estériles; y de los doscientos primeros, la mitad, con corta diferencia, están en cultivo. Por falta de catastro no es posible determinar las tierras arables.

La condicion de los cultivadores de segundo órden, que constituyen la mayoría, es tan mísera como se pueda imaginar; cada labrador entrega al Estado una décima parte de los productos



Ruinas en Corinto

obtenidos y debe llevar su cosecha á la cabeza del distrito cargada en machos, á través de senderos espantosos; una vez allí, debe batir el grano en dias fijos y en virtud de órden superior; despues no tiene más remedio que gratificar á los dependientes del gobierno encargados de recibir y almacenar el grano, si quiere evitar vejaciones; y hecho todo esto, vuelve á su casa, despues de sufrir una considerable pérdida de tiempo, cuando no de todos los beneficios. En este último caso negocia un préstamo á un interés exorbitante (quince, veinte, y hasta treinta por ciento), y no pocas veces se ve al fin encerrado en la cárcel por deudas.

Fácil es formar idea de la fertilidad del país por el rendimiento del trigo, que da cuarenta por uno, así como tambien se comprenderá hasta qué punto llega la incuria del gobierno al ver cuánto espacio ocupan aún los pantanos insalubres. Sin embargo, seria fácil sanear los parajes húmedos, y al propio tiempo fertilizar las llanuras resecadas.

Por falta de industria los objetos fabricados vienen del exterior, á pesar de los derechos de aduana: la cifra de las importaciones, que hace pocos años era de *cuarenta y nueve millones novecientos sesenta y dos mil trescientas diez y siete dracmas*, no está de